



Literatura para niños y jóvenes,

UN COMPROMISO CON LA PALABRA POÉTICA

Liliana Bodoc



Leer, claro está, es la capacidad de decodificar los signos lingüísticos y su significado. A estas alturas parece innecesario ejercer la defensa de la alfabetización. Sin embargo, aún queda por universalizar la lectura jerarquizada. Me refiero a la lectura que compromete tanto al intelecto como a la emoción; hablo de la lectura como una instancia reflexiva, crítica y creativa.

Leer, como acto pleno y completo, se relaciona con la posibilidad y la capacidad de tratar con textos que trasciendan lo meramente informativo o pragmático. Textos muy diferentes a aquellos otros, alienantes y soporíferos, que nada dicen de nosotros ni de nuestro mundo.

Leer literatura, acceder a sus lenguajes, a sus temáticas, a sus virtudes estéticas, es un ejercicio de humanización y de libertad.

¿Por qué es importante que lea un niño?

Todo aquello que sea constitutivo en la formación de un hombre o de una mujer es prioritario desde la infancia. La buena alimentación, que sea desde la teta. La capacidad motriz, que sea desde la cuna. El amor, que exista desde la infancia. Y el desarrollo intelectual y emocional, que acuda desde sus primeros libros de cuentos.

Existen estudios contundentes que dan cuenta de los males sin regreso que la desnutrición temprana genera en el organismo humano.

De igual modo, hay estudios que prueban que un niño que crece alejado de los productos de la imaginación padece de severas falencias en la formación de su pensamiento racional. Y en su capacidad de conocer.

La ficción es conocimiento. A través de la ficción, el niño aprehende la realidad con mayor sutileza. Se conoce a sí mismo, comprende al otro. Y no es noticia que quien más conoce, más puede transformar.

¿El vaso de leche está primero que la *Liebre de Marzo*? Claro que está primero... Sin embargo, no deberíamos olvidar que ese vaso de

**Me dispongo a pensar
en las fronteras de la
literatura juvenil desde
el lugar de la escritura
y, más especialmente,
desde ese extraño modo
de leer que uno adquiere
cuando empieza
a escribir.**

leche es lo mínimo que, al menos por vergüenza, debemos garantizar. Después, todavía le adeudamos la vida entera.

La sociedad adulta, o al menos aquel sector que está interesado en contrarrestar los mensajes superfluos, exitistas, las recetas que ensalzan los distintos modos del individualismo extremo, le debe mucho a los niños y a los jóvenes.

Nada es demasiado cuando tenemos que enfrentar la omnipresencia del mercado. Más bien, todo parece insuficiente.

Hace falta un espacio donde hablar con seriedad sobre este asunto de la literatura infantil y juvenil, bastardeado por prejuicios, controles y temores que suelen asimilarlo a textos un poco pueriles, un poco bobos, un poco condescendientes... ¡Y muy vendibles!

Mi trabajo es la producción de textos ficcionales, y solamente allí pude recabar estas pocas certezas, muchas de ellas posiblemente efímeras. Me dispongo a pensar en las fronteras de la literatura juvenil desde el lugar de la escritura y, más especialmente, desde ese extraño modo de leer que uno adquiere cuando empieza a escribir. Uno lee la historia, y la factura de la historia. Uno lee reconociendo estructuras, secuencias, registros, tipos de narradores. Uno lee aprendiendo a escribir.

Si hablamos de límite, pensamos en una línea demarcatoria, un trazo que separa territorios. Hasta aquí literatura infantil..., desde aquí literatura juvenil..., de aquí en adelante literatura para adultos.



Seguramente podrían citarse marcas periféricas que distinguen una literatura de la otra.

a. La presencia de un mediador

En literatura infantil y juvenil no se trata del amigo que sugiere o del librero que recomienda, sino de instituciones familiares, escolares y religiosas que inciden de distinta manera y con distinto peso, según la época histórica o el contexto político, y que en definitiva determinan cuáles son los textos apropiados para lectores niños o jóvenes, conscientes de que están en plena formación ideológica. El espaldarazo de estos agentes sociales a tal o cual libro no tiene que ver tan sólo con los valores literarios de dicho texto; muchas veces es primordial su resolución ética y la ayuda efectiva que pueda prestar en el trabajo de formación.

b. Marcas paratextuales

También aquí los elementos paratextuales tienen por objeto dar a conocer el libro tanto a quienes lo leerán, los niños, como a quienes van a comprarlo, los adultos. Ilustraciones, tipografía, lomo, indicadores de edad, colección, etc. adquieren, en libros de literatura infantil y juvenil, una alta fuerza significativa. Más, por cierto, que los libros destinados a adultos. Sin embargo, lo único verdaderamente esencial es la construcción literaria. La hechura artística que tiene al lenguaje como materia prima.

No pienso en la palabra límite como en una prohibición, una instancia que no debe trasponerse. Pienso en la palabra límite como en un concepto que nos preserva de olvidar al lector en el camino. La literatura es un modo de la comunicación. Sutil, plurisemántica, pero al fin comunicación sin la cual no hay hecho literario.

Parto de la premisa de que existe una literatura “provechosa” para los jóvenes. Y entiendo como provechosa no la lectura utilitaria o didáctica, sino aquella que produce una crisis en el lector.

Toda buena lectura; digo, todo acto de lectura acabado conlleva una crisis. Crisis en su sentido primario que implica separación, distinción, elección, decisión, disputa, emisión de un juicio. Si un texto literario no nos induce o no nos permite separar, distinguir, elegir, decidir, disputar y emitir un juicio, ese texto literario no es para nosotros.

Esta relación “crítica” con el texto está directamente ligada a la comprensión, y la comprensión está ligada a la masa existencial de los lectores.

Puesta a seleccionar el rasgo que ubica un texto dentro de los límites de la literatura juvenil, yo señalaría la relación forma-contenido; una específica, que debe encontrar eco genuino en los saberes vivenciales que posee el lector joven. De otra manera no hay decodificación, o hay una decodificación demasiado precaria como para que el encuentro de ese lector con ese texto sea fructífero.

Ahora, ¿esto presume degradación del hecho artístico? ¿Pone a la literatura juvenil en la periferia del sistema?



Para dar mi respuesta, voy a mencionar algunos de los elementos que pertenecen a la zona de intersección, al espacio común y esencial donde se reúnen ambas literaturas: la que está dirigida al lector adulto y la que está dirigida al lector joven. Si se quiere, voy a referirme a la zona fronteriza; entendida esta como una franja compartida.

Literatura juvenil no es, no debe ser, divulgación literaria. No se trata de un conjunto de textos que prepara a las personas para que un día puedan acceder a la literatura con mayúsculas, o bien subsanan para el diario vivir unos saberes deficitarios. Literatura infantil, juvenil, literatura para adultos, son ramas de la misma disciplina.

La divulgación de la física, por ejemplo, no produce teoría, no genera, a través de determinadas metodologías, conocimientos nuevos. La divulgación científica “traduce” a registro coloquial las producciones de la ciencia.

En cambio, la literatura juvenil, literatura antes que nada, se enfrenta a la tarea de resignificar y organizar el lenguaje para que alcance categoría estética. En literatura juvenil no hay traducción sino producción positiva y de primera mano.

Un escritor de literatura para niños o jóvenes, como cualquier otro, se enfrenta a búsquedas y decisiones conceptuales y formales, no evade ni minimiza las dificultades. La literatura juvenil no es precalentamiento, es pleno juego.

Pero, ¿no hay obstrucción entre la plenitud del hecho artístico y la necesidad de tener presente, a la hora de la escritura, las posibilidades efectivas del lector en formación?

Antes dije que el hecho literario no ocurre si no sucede la comunicación. Ahora, pensar que la literatura dirigida a jóvenes es de segunda línea, por cuanto requiere ajustar sus códigos a la competencia del receptor, nos pone peligrosamente cerca de la idea de que ese receptor es de segunda línea.

A sabiendas, o de modo intuitivo, el escritor que se dispone a hacer literatura para niños o jóvenes organiza y prioriza de un modo particular los elementos de la narración; sin que ello signifique desmedro ni facilismo.

A propósito de esto, y desde mi experiencia como escritora, me atrevo a decir que las zonas álgidas a tener en cuenta para no dañar la comprensión ni la literatura, no son las temáticas, la longitud del texto, el número de personajes ni la selección de vocablos. Tampoco el escenario donde acontecen las acciones (los jóvenes no exigen literatura espejo, aquella que habla de ellos y como ellos. También agradecen y disfrutan de textos que les abren ventanas a otras realidades y circunstancias).

Ahora, pensar que la literatura dirigida a jóvenes es de segunda línea, por cuanto requiere ajustar sus códigos a la competencia del receptor, nos pone cerca de la idea de que ese receptor es de segunda línea.

Creo, sí, que el mayor cuidado debe ponerse en la organización de las secuencias narrativas, la forma de presentar el o los tiempos de la narración, los juegos de narradores y puntos de vista y, por último, los elementos intertextuales.

Otro elemento de la zona de intersección en el que deseo detenerme es la incidencia de la ética y de la ideología.

La literatura, cualquiera que sea, se posiciona inevitablemente en una franja del espectro ideológico y ético.

La presencia fuerte y clara de determinados valores éticos o la ausencia de disvalores, suele ser un requerimiento por parte de los adultos mediadores. Con frecuencia se toma como argumento de una premiación, o aun como requerimiento que aparece en las bases de ciertos concursos.

El escritor de literatura dirigida a niños y jóvenes sabe que sus receptores están en una etapa de doble formación como individuos y también como lectores. Si escribo para un ser humano en formación, ¿debo procurar que el texto sea proveedor de valores éticos y humanos? Mi respuesta personal es un sí.

Sí, pero si pretendemos que la literatura juvenil tenga la misma eficacia que en un relato para adultos, debemos pararnos en el extremo opuesto a la obviedad, al panfleto. Y crear textos con espacios abiertos para la vacilación y la duda. En literatura, la contundencia del contenido sólo se logra por la contundencia de la propuesta estética.

Quienes nos aprontamos a hacer literatura juvenil no estamos con un metro en la mano midiendo complejidades, a ver si se nos rebasó un poquito de este lado o de aquel otro.

Como cualquier escritor, tenemos una historia, y sabemos a quién queremos contarla. El público adulto presenta una infinita variedad de gustos, apetencias y competencias lectoras. De modo que nadie puede pretender que con sólo proponerse escribir para adultos, ni aun haciéndolo muy bien, tiene asegurada la aceptación del público adulto en su totalidad. ¿Alguien cree que es diferente con los jóvenes o con los niños?

Escribir para jóvenes también implica elaborar con el lenguaje una propuesta estética que tal vez comprenderá solamente un sector de ellos; otros, entre tanto, preferirán otra propuesta.

No es posible decir que la literatura juvenil limita al sur con una extensión estimada de entre 60 y 80 páginas, al norte con la estructura de Propp, al este con un narrador que oriente las simpatías del lector y al oeste con el imperio de situaciones y personajes protagónicos adolescentes. La literatura juvenil está contenida entre la doble exigencia de hacer arte con el lenguaje y acceder al complejo vital de un lector en formación.

Dentro de esos límites caben también el riesgo y la incertidumbre.

Tal vez nos toque recordarles a los mediadores que el arte es un modo de conocimiento. Y que el pensamiento poético, capaz como es de atravesar lo evidente, nos proporciona una visión particular del mundo y de nosotros mismos que de ningún otro modo podríamos adquirir.



Suerte que un físico nos explique el cielo. Pero de seguro no conoceríamos el cielo a plenitud si, a la par, no lo explicaran los poetas. Aun más, el cielo cotidiano, el que nos compete como individuos sufrientes, enamorados, desesperados, es mucho más el cielo de los poetas que el de los científicos.

Ni lujo, ni pasatiempo son el arte en general y la literatura en particular. Ambos nos conducen a un espacio de apertura sensible y de emoción lúcida; a un sitio donde podemos remediar, en buena medida, el desinterés y el ensimismamiento que, a veces, parecen doblarnos el brazo.

Finalmente, y desde las ideas ya expresadas, desarrollaré una defensa de la palabra en función poética, una defensa de la emotividad y de la imaginación como modo de conocimiento singular e insustituible.

Si la literatura infantil y juvenil se define por su posibilidad de promover y posibilitar crisis, esa crisis sucederá en el campo de la verdad estética y del mundo poético. ■

